

Confieso que hemos visitado a Dom Hans van der Laan. Una asignatura pendiente.

El monje benedictino, como se encarga de analizar Willem Beekhof, e interpretar Paco Alonso, dedicó sus años en Vaals a pensar y construir espacios para la meditación. A construir aplicando la teoría del Número Plástico.

En su libro *El espacio arquitectónico* se aleja del misticismo y aborda la disciplina desde un punto de vista pragmático, sin pretender descubrir lo sagrado en el proceso. Piensa en una arquitectura para el hombre, no tanto en una arquitectura donde Dios pudiera sentirse cómodo.

Construye para el hombre sereno, que duda de sí mismo y establece una frontera intelectual y material con la naturaleza. Un hombre que encuentra un lugar para la reflexión dentro y fuera de sus muros.

Podemos ahora decir que cohabitan dos van der Laan en cada una de sus obras.

Por una parte, el que procede de la proporción, el eterno, el incuestionable, el que define la arquitectura a través de unos cuantos muros precisos y sus huecos sin concesiones para que el hombre los descubra, para que, con el tiempo, se descubra a sí mismo.

Por otro lado, el van der Laan que se enfrenta a la realidad, a la necesidad de convertir Stonehenge en algo habitable, confortable. El arquitecto-monje hijo de su formación artesana, prisionero de sus limitaciones creativas, al servicio de su cliente. El que tiene que cubrir un espacio para protegerlo de la lluvia, colocar unas ventanas, diseñar unas lámparas o unos bancos. Un van der Laan contenido pero inevitablemente contaminado, humano, temporal, circunstancial, que solo se descubre de cerca, en la intimidad.

Las dos versiones del monje-arquitecto conviven en constante contradicción, se aceptan sin remedio, como nosotros aceptamos nuestras debilidades.

Nos ha interesado recoger en este número solo la parte de su obra que sería capaz de sobrevivir a un incendio.

I confess that we have visited Mr. Hans van der Laan. A pending subject.

The Benedictine monk, as Willem Beekhof discovers, and Paco Alonso plays, dedicated his years in Vaals to thinking and building spaces for meditation. Building applying the theory of the Plastic Number.

In his book *The architectural space* he grows apart from mysticism and tackles the discipline from a pragmatic point of view, without trying to discover the sacred in the process. He thinks about an architecture for man, not so much in an architecture where God could feel comfortable.

He builds for the calm man, who doubts himself and establishes an intellectual and material border with nature. A man who finds a place for reflection inside and outside its walls.

We can now say that two van der Laan cohabit in each of his works.

The one who comes from proportion, the eternal, the unquestionable, the one who defines architecture through a few precise walls and its holes without concessions to be discovered by men, so that, with time, he discovers himself.

On the other hand, the van der Laan who faces reality, the need to convert Stonehenge in something habitable, comfortable. The architect-monk son of his artisan education, prisoner of his creative limitations, at the service of his client. The one that has to cover a space to protect it from the rain, place some windows, design some lamps or some benches. A contained van der Laan but inevitably contaminated, human, temporary, circumstantial. The two versions of the monk-architect live together in constant contradiction, accept each other without remedy, just like we accept our weaknesses.

We were interested in including in this issue not only the work of the architect that would be capable of surviving a fire.

Arturo Franco